

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CON MENCIÓN EN PSICOPATOLOGÍA Y
PSICOANÁLISIS**

**ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA PULSIÓN Y EL DESEO DE
ANALISTA**

CAPÍTULO DE LIBRO

JUAN SEBASTIÁN GÁLVEZ POZO

FELIPE BASTIDAS LÓPEZ

QUITO, 2024

Índice

Resumen	1
Abstract	1
Introducción	2
Capítulo I: La pulsión y el deseo de analista en Freud	5
Shibboleth.....	5
La energética en la metapsicología	7
La introducción de la pulsión de muerte	10
El deseo de Freud.....	13
Capítulo II: La pulsión y el deseo de analista en Lacan.....	14
Desidero ergo sum	14
El fecundo origen del deseo de analista	17
La pulsión en “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”	18
El recorrido de la pulsión	19
Des-cuartizamiento del sujeto	21
Capítulo III: El deseo de analista, deseo de nada en específico	22
El eje de la transferencia	22
Articulación según los cuatro discursos	27
Deseo de analista y deseo de ser analista	29
Discusión	30
Conclusiones.....	31
Recomendaciones	35
Bibliografía.....	35

Resumen

Este trabajo propone un recorrido por las obras de Sigmund Freud y Jacques Lacan para esclarecer la relación entre los conceptos de *pulsión* y de *deseo de analista*. Desde allí, se plantea una investigación que examina los principales aportes de Freud y Lacan sobre dichos conceptos. En este recorrido, se reconoce que Freud articula una lógica para la pulsión que se distingue radicalmente de aquella que proponen los discursos positivistas y pone el acento en la división que marca al sujeto del psicoanálisis. Además, se reconoce que Lacan preserva esta lógica al ubicar el fundamento del psicoanálisis en la estructura del lenguaje y, de este modo, en la operación de un vacío. A partir de allí, se propone que Lacan establece al deseo de analista como una función coherente con el descubrimiento freudiano para la práctica analítica y, además, como la principal función que opera en una cura analítica. Finalmente, se considera la relación que vincula al deseo de analista con la pulsión, la cual tiene como punto de articulación, el fundamento negativo del psicoanálisis.

Palabras clave *pulsión, deseo de analista, transferencia, tiempo, vacío.*

Abstract

This work proposes a review of the works of Sigmund Freud and Jacques Lacan to explain the relationship between the concepts of *drive* and *analyst's desire*. Thus, the text proposes a theoretical investigation that considers the main contributions of Freud and Lacan on these concepts. In this approach, it is recognized that Freud articulates a logic to conceptualize the drive that is radically different from that proposed by positivist discourses and places emphasis on the division that marks the subject of psychoanalysis. Furthermore, it is recognized that Lacan preserves this logic by locating the foundation of psychoanalysis in the structure of language and, thereby, in the operation of a void. From there, it is proposed that Lacan establishes the analyst's desire as consistent consistent with the Freudian discovery

in analytical practice and, furthermore, as the main function that works in an analytical cure. Finally, the relationship that relates the analyst's desire with the drive is considered, which has as its point of articulation the negative foundation of psychoanalysis.

Keywords drive, desire of the analyst, transference, time, void.

Introducción

Quien, como yo, convoca los más malignos demonios que moran, apenas contenidos, en un pecho humano, y los combate, tiene que estar preparado para la eventualidad de no salir indemne de esta lucha (Freud, 1978 [1905], pág. 96).

Sería lo mismo que hacer subir un espíritu del mundo subterráneo, con ingeniosos conjuros, para enviarlo de nuevo ahí abajo sin inquirirle nada (Freud, 1986 [1915], p. 167).

El psicoanálisis se constituye sobre una hipótesis que la distingue de otras prácticas y campos del saber, la hipótesis de lo inconsciente. Partiendo de allí, el psicoanálisis teje sus relaciones con otros discursos, y plantea problemas para cada uno en la medida en que en cada discurso hay *alguien* que lo enuncia. Para plantear a lo inconsciente como fundamento, Freud requirió forjar nuevos -y varios- modos para hablar de ello, tomando en cuenta que este objeto se caracteriza por la fugacidad y la paradoja. En este terreno, Freud echó mano a términos ya establecidos e invenciones que le fueron útiles para construir la teoría que la experiencia del análisis demandaba y, en ese ejercicio, no diluir su descubrimiento. Uno de estos conceptos es la pulsión, concepto fundamental para el psicoanálisis, que pone en relación lo psíquico con lo orgánico y evoca la pregunta por la causa para lo psíquico.

Lacan, al tomar a la palabra como experiencia radical del psicoanálisis, retoma el trabajo sobre la pulsión y la encuentra reducida por los desvíos pos-freudianos a una función

biológica y/o yoica, en un intento por domesticar a la pulsión. Desde el trabajo de Lacan, surge nuevamente en el campo analítico el carácter transgresor de la pulsión, en la medida que toda ilusión de una posible correspondencia del hombre con su realidad queda problematizada. Asimismo, Lacan reelabora lo concerniente a la función del analista para que tenga coherencia con el fundamento lenguajero del psicoanálisis, provocando profundas consecuencias tanto en la teoría, la práctica y la ética del psicoanálisis. Desde este punto de partida, el objetivo de esta investigación es examinar la relación entre la pulsión y el deseo de analista. Para encaminarse hacia ese objetivo, este trabajo considera aquellos textos de Freud y Lacan que tratan a profundidad los conceptos de pulsión y deseo de analista, así como los aportes de otros psicoanalistas que tratan esta relación. Entonces, un primer momento del trabajo expone los aportes de Freud y Lacan sobre la pulsión. Luego, el texto considera los textos que sirven para entender el deseo de analista en las obras de Freud y Lacan y, finalmente, se plantea una relación posible entre ambos conceptos.

Antes de iniciar el recorrido de este trabajo, vale la pena mencionar los aportes académicos precedentes que se aproximan al tema de este trabajo a continuación. Un primer trabajo a considerar, es el texto *“El deseo del analista: destino de pulsión”* (Lopez, 2020), donde se habla sobre la satisfacción propia del acto analítico. Lopez recuerda que Freud sostuvo que la interpretación es un arte, con lo cual sería posible pensar una relación entre la interpretación y la sublimación. De ser así, la interpretación permite hacer lazo entre la exigencia pulsional del significante y la falta en el Otro, lo cual implica una ruptura con lo conocido y, consecuentemente, con el reconocimiento que depende de las identificaciones idealizadas. Por esta razón, se afirma que el analista atraviesa una destitución subjetiva que implica su deseo y la pulsión. A partir de estas premisas, Lopez concluye que para hacer operar la función de analista, el deseo de analista debe ser un destino de la pulsión.

Otro texto relevante es “El deseo en cuestión: el deseo de analista”, (De Luca, 2022), el cual analiza el concepto de deseo de analista según una genealogía. Así, De Luca intenta "despejar el verdadero problema psicoanalítico que está encerrado” (2022, pág. 167) y ubica la formulación del concepto en el Seminario XI (2010 [1964]). No obstante, plantea que sus bases ya están establecidas en “Variantes de la cura-tipo” (2008 [1955]) y “La dirección de la cura y los principios de su poder” (2008 [1958]). Partiendo de allí, De Luca afirma que en estos textos la interrogación sobre el fin del análisis, la formación del analista y el propio análisis del analista permiten a Lacan elaborar el concepto de deseo de analista.

Pino, por su parte, (2010), nos propone en “El deseo del analista y la pulsión”, que el deseo de analista tiene como meta que la demanda pueda proseguirse hasta la pulsión. Esto establece una diferencia significativa que se traduce en la distancia entre la función analítica, por un lado, y la sugestión y el *furor sanandi*, por otro. Pino sostiene que Lacan toma esta diferencia y explicita que el derrotero psicoanalítico evita la sugestión y el enamoramiento con el ideal. A partir de esta crítica, el autor refiere que Lacan formaliza un nuevo lazo, el discurso analítico, sostenido por el deseo de analista. Por consecuencia, esta función sería garante de la distancia entre el ideal y el objeto, en oposición a la formación de masas, en la que el ideal y el objeto se fusionan en el líder. Por lo tanto, el analista opera desde el deseo de analista, haciendo valer la transferencia para que la pulsión tenga vías para expresarse.

Considerando este contexto, cabe mencionar que aquí se pone énfasis en la diferencia entre una concepción psicologista/cientificista del psicoanálisis que produce una práctica dominada por positividades (tiempo cronológico, la terapéutica, la moral) y la lectura lacaniana del psicoanálisis que, siguiendo la vía de Freud, ubica su fundamento en una negatividad. Por otro lado, esta investigación procura ubicar puntos cruciales que articulan la teoría y práctica del psicoanálisis con cierta extensión y profundidad, y, así, construir un recurso teórico que permita afinar puntos básicos para la práctica del psicoanálisis. Desde

esta diferencia, este texto puede aportar nuevos elementos que sirvan a la formación en psicoanálisis o a la apertura de nuevas preguntas para otros campos.

Por lo tanto, esta investigación se propone desde el método cualitativo, ya que realiza una revisión bibliográfica sobre una relación teórica de conceptos. Además, el enfoque que la organiza es descriptivo, puesto que se plantea únicamente revisar los aportes de los autores elegidos mas no desarrollar implicaciones empíricas o descubrimientos teóricos. Habiendo definido el aspecto metodológico, se plantean las siguientes preguntas que guiarán el trabajo de investigación, a saber, ¿de qué se trata la pulsión?, ¿a qué hace referencia el deseo de analista? Y, finalmente, ¿qué relación existe entre ambos conceptos?

Capítulo I: La pulsión y el deseo de analista en Freud

Shibboleth

Para iniciar, es importante señalar un hecho de especial interés en el desarrollo de esta investigación. Se trata de los modos tan variados a los que recurre Freud a lo largo de su obra para hablar de la pulsión. Al respecto, es posible plantear una pregunta: si Freud tuvo una rigurosa formación en la ciencia de su época y si hasta el final de su vida, expresó su propósito de incluir al psicoanálisis dentro de los canones de la ciencia, ¿por qué Freud no define a la pulsión con la precisión que caracterizó a la ciencia de esa época y eligió un modo tan equívoco para hablar de un concepto, además, fundamental para el psicoanálisis?

Para esbozar una respuesta, se puede tomar el “Esquema del psicoanálisis” (1940 [1938]), obra póstuma de Freud, que nos presenta de una manera particularmente concisa la compleja articulación alrededor de la pulsión. La importancia de considerar este texto radica en que evoca la última propuesta de Freud en torno a las pulsiones, lo cual zanja, de cierto modo, la discusión sobre la dirección que mantuvo Freud hasta el final de su obra:

El núcleo de nuestro ser está constituido, pues, por el oscuro *ello*, que no comercia directamente con el mundo exterior y, además, sólo es asequible a nuestra noticia por la mediación de otra instancia. Dentro del ello ejercen su acción eficiente las *pulsiones* orgánicas, ellas mismas compuestas de mezclas de dos fuerzas primordiales (Eros y destrucción) en variables proporciones, y diferenciadas entre sí por su referencia a órganos y sistemas de órgano. Lo único que estas pulsiones quieren alcanzar es la satisfacción, que se espera precisas alteraciones en los órganos con auxilio de objetos del mundo exterior. Pero una satisfacción pulsional instantánea y sin miramiento alguno, tal como el ello la exige, con harta frecuencia llevaría a conflictos peligrosos con el mundo exterior y al aniquilamiento (1940 [1938], págs. 199-200).

En esta cita se puede leer un complicado *entrecruzamiento* de órdenes heterogéneos. Se encuentran, al menos, los siguientes elementos: a) El ello, núcleo de nuestro ser, que no tiene trato directo con el mundo exterior y que alberga las *pulsiones orgánicas* b) las pulsiones, compuestas por una mezcla de las dos fuerzas primordiales (Eros y destrucción), diferenciadas únicamente por su relación a órganos y sistemas de órganos, b) lo orgánico, c) la conciencia, donde se tiene noticias del ello, d) una instancia mediadora entre el ello y la conciencia y e) el mundo exterior, en donde las pulsiones alcanzan su satisfacción con *auxilio* de los objetos que allí se encuentran. Además, Freud sostiene que si las *pulsiones orgánicas*, tuvieran vía directa a la satisfacción, ¡conllevarían un riesgo de aniquilamiento!

Es evidente que Freud, habla de instancias irreductibles entre sí, que no guardan una armónica coherencia. Más bien, resaltan las diferencias, la dinámica conflictiva entre ellas y, sobre todo, el carácter inaccesible del núcleo de ese ser. Es decir, Freud no define sus conceptos al modo científico porque el psicoanálisis trata con objetos distintos a los de la ciencia. El psicoanálisis se arroga el derecho de tratar, con rigor, con objetos constituidos por una dimensión inaprehensible. La ciencia, por otro lado, se dispone a erradicar, poco a poco,

la distancia entre sus enunciados y la realidad y rechaza lo que está *entre* uno y otro. Freud, por otro lado, habla de aquella dimensión inaprehensible sin anular la relación a la objetivo, a la biología o el mundo exterior. Más bien, resitúa el discurso que se apoya en la objetividad en un paradójico arreglo entre las aspiraciones del *núcleo de nuestro ser* y el mundo exterior.

Respondiendo a la pregunta que se formulaba a inicios de esta sección, se puede decir que el modo equivoco que Freud usa para hablar de la pulsión, y que se ejemplifica en la cita del “Esquema...”, tiene su razón de ser en el hecho de que la materialidad con la que trata Freud es justamente la del equívoco, la que rige las construcciones sobre lo inaccesible. Esto constituye una lógica que permite distinguir el descubrimiento freudiano de otros intentos teóricos por dar cuenta del aparato psíquico. Con esta premisa, se tiene un punto de entrada para hablar de la pulsión y de establecer una suerte de *shibboleth* en este trabajo, es decir, la premisa de que la lógica que Freud elabora para el psicoanálisis es distinta a la de las ciencias positivas y eso ha de preservarse a toda costa. Es momento de pasar a considerar cómo esta lógica se desarrolla en torno a la pulsión en la obra de Freud.

La energética en la metapsicología

En sus inicios, Freud desarrolló una concepción energética del aparato psíquico. Según este punto de vista, el aparato psíquico se rige por un principio económico, el principio del placer. Esta tesis guardaba coherencia con los antecedentes neurofisiológicos de Freud y su funcionamiento ya estaba esbozado en el “Proyecto de psicología” (Freud, 1986 [1895]). Esta concepción fue desarrollada plenamente hacia la segunda década del siglo XX, en los trabajos sobre metapsicología. Por ejemplo, en “Pulsiones y destinos de pulsión” (Freud, 1984 [1915]), Freud define la pulsión como “un estímulo para lo psíquico” (Freud, 1984 [1915], pág. 114), que proviene del *interior del propio organismo* y que, a diferencia de la necesidad, “no actúa como una fuerza de choque momentánea, sino siempre como una fuerza *constante*” (1984 [1915], pág. 114). Además, allí Freud formula que la pulsión es un

“concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (*Repräsentant*) psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (1984 [1915], pág. 117). Ahora bien, Freud afirma que la pulsión no se rige según el modelo del instinto, que sería el modelo del hambre. Por el contrario, a diferencia del instinto, el *objeto* de la pulsión es variable y su exigencia de satisfacción puede ser sometido a varios destinos, a saber, la represión, el trastorno hacia lo contrario, la sublimación, la vuelta hacia la persona propia. A pesar de estas marcadas diferencias con un modelo biológico, Freud entendía que la esencia de las pulsiones estaba determinada por una energética: “...todas las pulsiones son cualitativamente de la misma índole, y deben su efecto sólo a las magnitudes de excitación que conducen o, quizás, aun a ciertas funciones de esta cantidad” (1984 [1915], pág. 119).

Según esta concepción, lo que regiría al campo pulsional sería el principio del placer y su subrogado, el principio de realidad. De este modo, el aparato psíquico tendría como fin extinguir todo estímulo, es decir, el modelo pulsional podía explicarse en base al arco reflejo. Cuan cerca se encontraba la teoría pulsional de la biología y la idea de un organismo eficiente, adaptándose a su medio. En ese orden de cosas, no estaba lejos un problema teórico que obligaría a Freud a replantear el punto de vista económico del aparato psíquico gracias a un impasse trascendental que surgió en el mismo periodo de la metapsicología.

Gerber (1986) ubica en “Introducción del narcicismo” (Freud, 1986 [1914]), el momento en que el impasse se explicita y demanda una crítica de la energética tal como Freud la entendía hasta la metapsicología. Allí, Freud se interesa por el funcionamiento del narcicismo primario, cuya tarea esencial sería incorporar lo placentero y expulsar lo displacentero. Entonces, Gerber afirma que Freud ubicó en el corazón del narcicismo aquel punto de impasse:

[...] este funcionamiento - regido por el principio de placer en estado puro y conducente a la extinción total de los estímulos, al cero, es decir, a la muerte- sólo es

pensable en el plano mítico. Paradójicamente el principio de placer sin matices se revela amenazante para el sujeto, mientras que sólo la interiorización del displacer que se vivirá como tensión permanente puede sostener la vida al precio de una insatisfacción insuperable (1986, págs. 108-109).

Es decir, debido a que el principio del placer entra en oposición a la vida, se vuelve necesario suponer otra fuerza al margen del modelo energético con el fin de preservar la continuación del proyecto vital. Se establece la necesidad de una paradójica falla o resto de displacer que funciona para el aparato psíquico.

En este momento, nos interesa resaltar, la equivalencia entre resto y pulsión que plantea Gerber. Al respecto, él menciona que Freud no hacía una distinción entre los registros consciente e inconsciente al momento de hablar de la pulsión, ya que una pulsión nunca puede ser objeto de consciencia, sólo lo es su representación (*Vorstellung*):

[...] tampoco en el interior de lo inconsciente puede estar representado si no es por la representación. Si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella. Entonces, cada vez que pese a eso hablamos de una moción pulsional inconsciente o de una moción pulsional reprimida, no es sino un inofensivo descuido de la expresión. No podemos aludir sino a una moción pulsional cuya agencia representante-representación es inconsciente, pues otra cosa no entra en cuenta (Freud, 1986 [1915], pág. 173).

Por otro lado, si se recuerda que Freud define la pulsión como una fuerza constante, su empuje se *transfiere* como un monto de afecto a través de las representaciones. Además, si el esquema energético de la pulsión requiere de aquella tensión inagotable, es clara la diferencia entre esta nueva energética y la economía del polo biológico, que se caracteriza por un ritmo, como se observa en los periodos de estro del reino animal. En otras palabras, el impasse energético se opone a la idea de un equilibrio homeostático para el aparato psíquico.

Se puede decir, con Lacan, en una referencia oportuna aunque a destiempo en el itinerario de este trabajo, que el psicoanálisis trata del *parlêtre* en tanto exiliado del mundo natural y en dependencia del juego incesante entre lo irrepresentable y la representación¹. Esto quiere decir que lo que vale en la relación del hablante con su mundo, es una *relación pulsional*².

La introducción de la pulsión de muerte

La teoría de las pulsiones necesitaba ser revisada debido al impasse teórico en la energética de la metapsicología y de la propia experiencia analítica, que traía una serie de fenómenos que atestiguaban los efectos de una fuerza ingobernable, desadaptativa, no susceptible de apaciguamiento según el benevolente -y mortífero- principio del placer (Gerber, 1986, págs. 103-104). En este contexto, Freud publica “*Más allá del principio del placer*” (Freud, 1984 [1920]) texto en el que Freud, interrogado por los fenómenos de la *neurosis traumática*, el *juego infantil*, las *tendencias masoquistas del yo*, la *compulsión de repetición* en la transferencia plantea que “existe realmente una compulsión de repetición que se instaure más allá del principio del placer” (Freud, 1984 [1920], pág. 22).

¹ En la lectura que Lacan hace de Freud, esto se puede leer como la introducción de la función del vacío, del significante que inicia la serie, de la ausencia como causa del juego de representaciones, es decir, de la castración. Se entiende entonces que el funcionamiento del aparato psíquico no se corresponde con un mecanismo eficiente de descarga que se enfrenta a perturbaciones cuando la descarga es interrumpida. Paradójicamente, es la falla de ese mecanismo, la presencia de un resto indomeñable lo que cumple una función de empuje para el aparato.

² En cuanto a la concepción del aparato psíquico como metáfora de una energética, es interesante analizar el uso que Freud da al término *Besetzung*. Este vocablo alemán es traducido regularmente como *investidura*, es decir, hace referencia a una carga que se desplaza como una carga eléctrica entre las representaciones. Sin embargo, *Besetzung* soporta aún otra traducción al castellano, *ocupación*. La lógica que parte de esta elección de traducción se aparta de la idea de una energía que proviene de lo orgánico e invita a aquella relación con lo irrepresentable. Desde este punto de vista, se puede volver a la *Carta 52*, en donde Freud plantea que el aparato psíquico está organizado según sistemas de inscripciones, lugares psíquicos diferenciados entre los cuales existe una función de traducción:

[...] es el lugar psíquico ocupado por una representación lo que determina su eficacia específica – “potencial”, si se toma la metáfora eléctrica- y su capacidad para producir efectos; efectos que serán de significancia, pues las representaciones-representantes no son representaciones inactivas esperando ser movilizadas por el afecto sino significantes en un permanente proceso de sustitución-traducción cuyo resultado serán las formaciones del inconsciente (Gerber, 1986, págs. 109-110).

Para explicar este hecho nuevo y asombroso, Freud elaboró una nueva hipótesis que supone la existencia de una fuerza pulsional “más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona” (1984 [1920], pág. 23). Según este nuevo supuesto, la compulsión a la repetición y la pulsión guardan una estrecha y originaria relación. Este funcionamiento más originario buscaría regresar a un estado que lo vivo debió resignar como consecuencia de las fuerzas perturbadoras externas:

En algún momento, por una intervención de fuerzas que todavía nos resulta enteramente inimaginable, se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida. Quizá fue un proceso parecido, en cuanto a su arquetipo, a aquel otro que más tarde hizo surgir la conciencia en cierto estrato de la materia viva. La tensión así generada en el material hasta entonces inanimado pugnó después por nivelarse; así nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado (Freud, 1984 [1920], pág. 38).

Este viraje teórico significó la apertura hacia una nueva dimensión, representada en la nueva *oposición* pulsional: pulsión de vida/pulsión de muerte. De esta manera Freud pasa de una relación de oposición a una articulación en *continuidad*. Comprender esto es esencial, porque permite entender cómo Freud modifica la teoría para dar cuenta de aquellos elementos paradójicos que la lógica clásica rechaza. Entonces, Freud plantea que el organismo:

[...]lucha con la máxima energía contra influencias (peligros) que podrían ayudarlo a alcanzar su meta vital por el camino más corto (por cortocircuito, digámoslo así); pero esta conducta es justamente lo característico de un bregar puramente pulsional, a diferencia de un bregar inteligente (Freud, 1984 [1920], pág. 39).

Esta cita es fundamental, porque enlaza y diferencia un movimiento *inteligente*, yoico, económico, de otro que es propiamente *pulsional*. Un bregar “inteligente” se comportaría según $A \neq B$, o la vida o la muerte, en donde la relación de opuestos es de exclusión, y que, para el aparato psíquico, significaría la muerte (el cortocircuito) según el imperio del principio del

placer. Por otro lado, un bregar pulsional admite lo paradójico, no excluye los opuestos, sino que los pone en continuidad y, así, extiende el recorrido pulsional. En este sentido, Freud encuentra que la pulsión se caracteriza por un *recorrido circular*³:

Hay un ritmo titubeante en la vida de los organismos; uno de los grupos pulsionales se lanza impetuoso, hacia adelante, para alcanzar lo más rápido posible la meta final de la vida; el otro, llegado a cierto lugar de este camino, se lanza hacia atrás para volver a retomarlo ahora desde cierto punto y así prolongar la duración del proyecto (1984 [1920], pág. 40).

Freud afirma que el recorrido circular de la pulsión requiere un ordenador antieconómico, uno que dé cuenta de una llama inextinguible, o quizás, una piedra en el zapato. En este sentido, Freud afirma que toda pulsión busca:

[...]su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas sino que, en las palabras del poeta, “acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante” ” (1984 [1920], pág. 42).

Es decir, el recorrido pulsional depende de la repetición de una vivencia primaria de satisfacción que en estricto sentido nunca existió, ya que para preservar el resto que mantiene la vida, es necesario hipotetizar que esa satisfacción no se dio en la realidad efectiva, pero queda representada por una experiencia mítica que dejó una huella en el aparato psíquico.

³ Retomando la diferencia señalada anteriormente entre un bregar inteligente y un bregar pulsional, es importante considerar que tal movimiento circular no cierra el círculo en el mismo lugar de inicio, sino que es un movimiento que sostiene lo paradójico en la medida en que hace intento de cierre, pero fracasa al retornar a su origen.

El deseo de Freud

El pasaje hacia más allá del principio del placer fue posible porque Freud operó desde los ideales científicos de su época, los cuales sólo daban lugar a fuerzas físicas y químicas, lo que produjo una evacuación de todo significado imaginario como condición de establecer una práctica científica para el psicoanálisis. Dicho de otro modo, Freud rechazó una “actitud empática de comprensión afectiva” (Gerber., p.107), y trabajó con el supuesto de que en lo psíquico operan fuerzas que en última instancia pueden conducirse a aquellas fuerzas universales de atracción y repulsión. Por lo tanto, Freud entendía que conciencia y comportamiento son un efecto de tales mecanismos, y no la expresión de un individuo amo de sí mismo. Gracias a este ejercicio científico, Freud tuvo la posibilidad de evitar la trampa imaginaria y pasar a hablar de *otra cosa*.

No obstante, este *des-cubrimiento*, no se produjo por el ejercicio deductivo del método científico a través de la experimentación. El encuentro con lo inconsciente fue consecuencia del trabajo en el dispositivo analítico y, por esta razón, de la operación del deseo de Freud en tanto deseo de analista. Esta deducción es posible porque Freud, al rechazar el modo imaginario de explicar su objeto, y, luego, al incluir ese objeto paradójal más allá del principio del placer, trasciende los límites de lo simbólico. Es decir el deseo de analista es la función que dirige, inevitablemente, al encuentro con lo real que la ciencia rechaza. Si la ciencia positivista busca cerrar la diferencia objeto y teoría, para lo cual hay que echar por la borda al sujeto, el psicoanálisis tiende la red para atrapar eso que la ciencia rechaza, al sujeto en tanto deseante.

Esta es una razón por la que el psicoanálisis se constituyó como un campo distinto de la psiquiatría y la psicología, que toman el discurso de la ciencia como eje. Dicho de otro modo, la diferencia entre estas prácticas radica en que, mientras el psicoanálisis se dirige a producir lo *real*, la psicología y la psiquiatría se producen en función del *rechazo* de lo real y,

por lo tanto, como técnicas al servicio del discurso del amo, es decir, técnicas de adaptación que promueven la producción de lo *útil*, sin resto (Gerber, 1986, pág. 107).

Capítulo II: La pulsión y el deseo de analista en Lacan

Desidero ergo sum

En este capítulo, se considera la lectura que Lacan realiza sobre los textos y conceptos freudianos que nos interesan. Es importante señalar este camino, porque la lectura lacaniana de Freud se traduce en diferencias importantes para la práctica y teoría del psicoanálisis en comparación con otras lecturas posibles. Esta explicitación tiene un valor para el desarrollo de este trabajo, en tanto aquí se sostiene que el aporte de Lacan implica esclarecer los fundamentos del descubrimiento freudiano.

Entonces, si se sigue la argumentación elaborada en el capítulo anterior, se puede afirmar que Freud abrió un campo inédito ante la cuestión del saber, distinto al de la psicología, que se organiza según el discurso de la ciencia positivista, teniendo presente que, por su lado, Freud nunca cedió en su intención de incluir al psicoanálisis en el conjunto de las ciencias según el modelo decimonónico. Además, se mencionó que en “*Más allá del principio del placer*”, se produjo un pasaje teórico que superó la contradicción producida por la idea del imperio del principio del placer, poniendo la nueva oposición pulsional, pulsión de vida/pulsión de muerte. Este reordenamiento teórico permite abordar una dimensión paradójica que pone en continuidad los opuestos, enlazándolos en un movimiento circular, alrededor de una experiencia mítica de satisfacción.

Con Lacan, el campo freudiano pasa a leerse de otro modo, el cual puede abreviarse a partir del conocido aforismo que sostiene que el inconsciente está estructurado como un lenguaje (2008 [1953]). Tomando en cuenta este contexto, este capítulo busca profundizar en la relación entre los conceptos que animan este trabajo de investigación en la obra de Lacan.

En este ejercicio, se toma como texto eje el Seminario sobre “*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*” (Lacan, 2010 [1964]), en particular, aquellas lecciones que trabajan la relación entre la *transferencia* y la *pulsión* (lecciones XI, XII, XIII y XIV). En este texto, Lacan critica las interpretaciones dominantes en la literatura psicoanalítica de su época en relación a la transferencia. Estas lecturas planteaban que la cura debía orientarse por una *identificación* del paciente con su analista y la *rectificación* de la relación del paciente con la realidad. Según este punto de vista, lo inconsciente tendría que ser domesticado en beneficio del yo del paciente. Al percatarse de esta función que había adquirido el concepto, Lacan propone otro tipo de rectificación, en este caso de la teoría.

En esta vía, Lacan define la transferencia como “la puesta en acto de la realidad del inconsciente” (2010 [1964], pág. 152) y, acto seguido, afirma que “el inconsciente es los efectos que ejerce la palabra sobre el sujeto, es la dimensión donde el sujeto se determina en el desarrollo de los efectos de la palabra” (2010 [1964], pág. 155). De igual manera, Lacan recuerda que Freud recalcó a cada paso que “la realidad del inconsciente es -verdad insostenible- la realidad sexual” (2010 [1964], pág. 156)

A través de la sexualidad, Lacan toma la libido freudiana para actualizarla. Lacan no entiende la libido como la evidencia de una relación arcaica entre pensamiento y realidad sexual, sino que la propone como la *presencia efectiva del deseo* organizado según el desplazamiento metonímico. Entonces, la libido traduce la articulación entre el inconsciente estructurado como un lenguaje, con su ritmo pulsátil, y la realidad sexual. En esta red de relaciones, Lacan indica que es necesario subrayar que el deseo depende de la *demanda* y que la demanda surge en la articulación significativa. Por lo tanto, la demanda produce un resto metonímico que se desliza bajo ella, “un elemento que está necesariamente en impasse, un elemento insatisfecho, imposible, no reconocido que se llama deseo” (2010 [1964], pág. 160).

Así, Lacan ubica a la libido como una función de *empalme* entre lo inconsciente y la realidad sexual, efecto de un residuo que se transfiere en la articulación significante.

Entendida de este modo, la libido vincula la satisfacción sexual al proceso primario y, con ello, a una imagen que tiene un valor en función de un sujeto: “Sólo la presencia del sujeto que desea, y que desea sexualmente, ofrece esta dimensión de metáfora natural, a partir de la cual se decide la presunta identidad de percepción” (Lacan, 2010 [1964], pág. 161). Según Lacan, la alucinación que se presenta en el sueño, no se debe al apremio de una necesidad, sino a un sujeto que alucina objetos comandados por el deseo inconsciente. Y, como la experiencia nos enseña, los objetos prohibidos son los que aparecen en los sueños, señal de que se trata de la ley en relación al deseo.

Como consecuencia, el psicoanálisis disloca al sujeto cartesiano, al dar cuenta de un sujeto deseante: *Desidero ergo sum*. La realidad, en su base, que es la del proceso primario, se constituye desde una posición sexual del sujeto. No obstante, la realidad que se alcanza en el polo de la percepción-conciencia ha sido desexualizada por el principio de realidad. Por esta razón, aunque no aparezca como tal en primera instancia, la transferencia implica un despliegue de sexualidad, en la medida en que el discurso del analizante se articula como demanda. Lacan amplía estas relaciones apelando a una topología del sujeto, más precisamente, a la superficie del ocho interior.

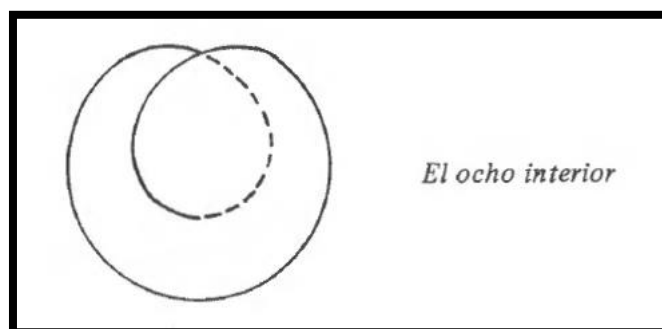


Figura #1. El ocho interior (Lacan, 2010 [1964], pág. 162)

Esta superficie se caracteriza por poseer un solo borde, aunque a simple vista parece compuesto por dos lóbulos que se recubren. Sin embargo, Lacan propone inscribir en esa aparente intersección, a la libido:

donde el lóbulo definido como campo del desarrollo del inconsciente recubre y oculta al otro lóbulo, el de la realidad sexual. La libido pareciera ser, entonces, lo que pertenece a ambos – el punto de intersección, como se dice en lógica. Pero eso es, justamente lo que no es. Este sector en el que parece que los campos se recubren uno a otro es, si ven el verdadero perfil de la superficie, un vacío (2010 [1964], pág. 162).

Para Lacan, el deseo de analista opera en ese espacio de empalme, sector de la libido.

El fecundo origen del deseo de analista

En el mismo seminario, Lacan recupera la experiencia que introdujo a Freud al inconsciente: Ana O. gozaba de un exitoso tratamiento con el Dr. Breuer. Ella se dedicaba a la *chimney-cure*, es decir a soltar significantes, avanzando con paso firme en su cura. Un buen día, la sexualidad entró a desbaratar todo. Lacan recalca que fue Breuer quien introdujo la sexualidad y que su mujer se lo advirtió. Breuer, buen marido como era, decidió parar todo con Ana O., quien en respuesta produce un síntoma embarazoso, una *pseudocyesis*.

Lacan dirige la cuestión del embarazo a la fórmula del deseo, *el deseo es deseo del Otro*. Apoyado en ella, Lacan deduce que Freud conforta a Breuer, al aseverar que el deseo de un hijo es el deseo de Ana O., pero Breuer va a Italia y embaraza a su esposa. Entonces, Lacan opta por explicar el síntoma de Ana O. de otra manera, no ve la transferencia como una construcción solo del paciente, sino que ubica en su otra cara al deseo del analista: “en este asunto no sólo entra en juego lo que el analista se propone hacer con el paciente. También está lo que el analista se propone que su paciente haga de él” (2010 [1964], pág. 162).

La tesis de Lacan es que el deseo del analista está necesariamente en juego en un análisis y que su lugar está definido por ese espacio de “disyunción y de conjunción, de unión y de fronteras” (Ibid., p.168), el espacio de la libido, organizado por la demanda, la articulación significativa y la realidad sexual. Todo ello en relación a la transferencia.

La pulsión en “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”

La pulsión, aquel *Grundbegriff*⁴ freudiano, es examinado por Lacan desde “*Pulsiones y destinos de pulsión*” -*Triebe und Triebchicksale*-. Lacan inicia su análisis del concepto indicando que este tiende a ser tomado como una fuerza primigenia, arcaica, proveniente del registro orgánico. Sin embargo, invita a renunciar a esta deriva y en su lugar, desplaza la pregunta hacia el análisis de los cuatro términos que usa Freud para hablar de la pulsión: *Drang*, *Quelle*, *Objekt* y *Zelle*, elementos evidentemente *disyuntos*.

Así, Lacan habla del esfuerzo (*Drang*) como una tendencia a la descarga provocada por un estímulo interior, constante e incoercible. Se trata del *Qn* del *Entwurf*. Lacan diferencia el *Drang* y la necesidad en el punto en que la necesidad afecta al organismo en su totalidad, mientras que el *Drang* se relaciona con el *Real-Ich*, cuyo soporte sería exclusivamente el sistema nervioso. Esta energía, recordémoslo, es constante (*constante Kraft*) a diferencia de la cadencia rítmica característica de la energía cinética.

La meta, *Zelle*, de toda pulsión es la satisfacción (*Befriedigung*). Lacan subraya que la satisfacción tiene una dimensión paradójica porque introduce la categoría de lo *imposible*. Esto se explica por el fracaso que se produce en el encuentro entre la pulsión y el objeto de la necesidad (*Not*), que no satisface la pulsión plenamente, sino tras la satisfacción de la necesidad, la exigencia pulsional (*Bedürfnis*) insiste.

⁴ Término alemán que utiliza Freud para hablar de la pulsión en “*Pulsiones y destinos de pulsión*”. Puede traducirse como *concepto fundamental* o *concepto básico*. Esta última opción de traducción es la que encontramos en la edición de Amorrotu del texto.

El objeto (*Objekt*) de la pulsión es lo más variable, ya que no existe una relación natural entre la pulsión y el objeto que la satisface, sino que esta relación se establece con la condición de que el objeto del mundo cumpla la función de objeto *pequeño a*. Es decir, el objeto de la realidad efectiva solo puede representar el objeto perdido, y la pulsión sólo se satisface parcialmente a través de un contorneo del objeto a por la representación.

La fuente (*Quelle*) no se caracteriza por la regulación homeostática, su función para la pulsión es como zona erógena. Es decir, no cualquier parte del cuerpo presta las condiciones para que la pulsión se manifieste allí, ya que requiere de una estructura de borde, por ejemplo, la boca o el ano. Entonces, Lacan afirma que la pulsión tiene la forma de un *montaje*. No es algo del orden natural, más bien da cuenta de una cosa *sin ton ni son*:

Si reunimos las paradojas que acabamos de definir a propósito del *Drang* del objeto, de la meta de la pulsión, creo que la imagen adecuada sería la de una dinamo enchufada a la toma de gas, de la que sale una pluma de pavo real que le hace cosquillas al vientre de una hermosa mujer que está allí presente para siempre en aras de la belleza del asunto” (2010 [1964], págs. 176-177).

El recorrido de la pulsión

Hoy reproduje en la pizarra un fragmento de Heráclito [...] *Bíos*, escribe, y esto aflora como esas lecciones de sabiduría de las que puede decirse que dan derecho en el blanco antes de todo el circuito de la elaboración científica, *al arco se le dio el nombre de la vida – Bíos*, el acento cae sobre la primera sílaba- *y su obra es la muerte* (Lacan, 2010 [1964], pág. 184).

Con este fragmento de Heráclito, Lacan analiza la estructura de la pulsión, estructura que Freud construye a partir de las tres voces gramaticales: activa, pasiva y media, y en cuyo

recorrido, Lacan señala que es necesaria la aparición de un nuevo sujeto (*ein neues Subjekt*).

Lacan esquemática esas relaciones con una abstracción que llama el arco de la pulsión:

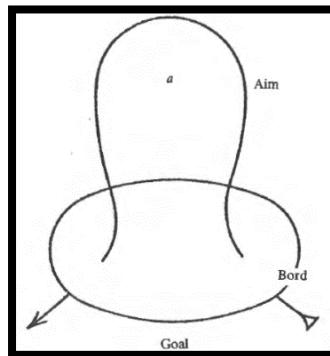


Figura #2. El arco de la pulsión (2010 [1964], pág. 185)

Apoyado en esta representación, Lacan explica de otro modo las relaciones de los elementos que configuran la estructura de la pulsión. La flecha del arco representa el *Drang*. Esta atraviesa una estructura de borde, *Bord*, y se proyecta hacia la meta, que se descompone en dos tramos: 1. *Aim*, que indica un trayecto a recorrer y 2. *Goal*, que se refiere a alcanzar algo, en el sentido de marcar un punto. Esta distinción sobre la meta implica que la pulsión alcanza su satisfacción, no a través del objeto, sino al realizar un recorrido que se logra al retornar sobre la fuente, como lo ejemplifica Freud con la boca que se besa a sí misma.

Más adelante, Lacan indica que el trayecto de la pulsión se hace alrededor del objeto *eternamente perdido*, es decir, el objeto *a*. En este punto, Lacan explicita que él no concuerda con la idea de una maduración pulsional predecible. Es decir, no creía que la pulsión oral daría lugar a la pulsión anal luego de un proceso de mayor dominio o crecimiento y así hasta alcanzar la organización genital. En su propuesta, la primacía de cierta zona erógena da cuenta de la función de la demanda del Otro, proveniente del registro simbólico.

De este modo, queda claro que la concepción de Lacan sobre la pulsión trae consigo una crítica radical a una supuesta consistencia ontológica del sujeto, puesto que, a cada paso de su reflexión, se presenta en primer plano la división que encarna el sujeto. Para él, la razón

de la conducta del hombre no está, por ejemplo, en un homúnculo cerebral, en un intelecto detrás del intelecto. Más bien, lo que Lacan encuentra es una organización de otro orden:

Esta articulación nos lleva a considerar la manifestación de la pulsión el modo de un sujeto acéfalo, pues todo en ella se articula en términos de tensión, y su relación con el sujeto es tan sólo de comunidad topológica. Articulé el inconsciente como algo que se sitúa en las hiancias que la distribución de las inversiones significantes instaaura en el sujeto, figuradas en el algoritmo como el rombo [◊] que coloco en el centro de toda relación del inconsciente entre la realidad y el sujeto. Pues bien, la pulsión desempeña su papel en el funcionamiento del inconsciente debido a que algo en el aparejo del cuerpo está estructurado de la misma manera, debido a la unidad topológica de las hiancias en cuestión (Ibid., p.188).

Des-cuartizamiento del sujeto

La articulación que Lacan pone en juego para explicar la pulsión toma su lugar particular a partir de una estructura de borde, lo que indica que su función pone en juego una hiancia. Teniendo clara la consistencia desontologizada de la pulsión, ¿qué relación se plantea entre ella y el deseo de analista? “*Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista*” (Lacan, 2008 [1964]), permite articular una respuesta a esa pregunta.

Allí, Lacan afirma que “la pulsión tal como es construida por Freud, a partir de la experiencia del inconsciente, prohíbe al pensamiento psicologizante ese recurso al instinto en el que enmascara su ignorancia por la suposición de una moral en la naturaleza” (2008 [1964], pág. 809) y, acto seguido, se refiere a la libido en tanto “su color sexual, tan formalmente mantenido por Freud como inscrito en lo más íntimo de su naturaleza, es color-de-vacío: suspendido en la luz de una hiancia”⁵ (2008 [1964], pág. 809). Así, Lacan entiende que la

⁵ El vocablo color en castellano proviene del latín *color*, que significa matiz, tinte. Esta palabra latina se deriva de una raíz indoeuropea -kel, que remite al verbo ocultar. El sentido de la palabra se transformó desde ocultar,

sexualidad, eso que Freud resguardó a capa y espada para el psicoanálisis, tiene como causa la hiancia y este, a su vez, es efecto del Nombre-del-Padre. Luego, Lacan afirma que las pulsiones

[...] son nuestros mitos, ha dicho Freud. No hay que entenderlo como una remisión a lo irreal. Es lo real lo que mitifican, según lo que es ordinario en los mitos: aquí el que hace el deseo reproduciendo en ello la relación del sujeto con el objeto perdido (Lacan, 2008 [1964], pág. 811)

Por lo tanto, la función de la pulsión para Lacan es mitificar lo real, representar el objeto perdido que la ley arrancó del ser del sujeto. En este sentido, la pulsión pone en relación y divide, des-cuartiza al sujeto: de un lado el goce y la Cosa y, por otro, el deseo y el Otro. Qué práctica, qué cura valdrá para este sujeto descuartizado. Lacan indica que la cura psicoanalítica no será la del médico, pues el psicoanálisis no trabaja con el organismo, sino con el cuerpo significativo; tampoco será la del sacerdote, ya que el psicoanálisis no sostiene un paraíso, sino que señala su estructura de ficción; ni será la del terapeuta, que alivia su malestar en la cultura, porque el psicoanálisis conduce el malestar para transformar la realidad. La cura psicoanalítica dirige hacia lo real y, para que ello sea posible, “es el deseo del analista el que en último término opera en el psicoanálisis” (2008 [1964], pág. 811).

Capítulo III: El deseo de analista, deseo de nada en específico

El eje de la transferencia

Para articular las relaciones abiertas en los anteriores capítulos, seguiremos a Braunstein en su texto “*El tiempo y la transferencia*” (1994). En este texto, Braunstein propone que lo que empuja a Lacan a entregarse al trabajo sobre la transferencia es la preocupación por “definir el lugar de la inserción de la acción del analista” (1994, pág. 200).

pasando por matiz que cubre, hasta la definición actual que hace referencia a la frecuencia de la luz que se percibe de los objetos.

Esta preocupación se tradujo en un esfuerzo sostenido a lo largo de toda su obra, del cual Braunstein extrae un hecho negativo que tiene las más importantes significaciones positivas:

Nunca Lacan hizo del método analítico un método de reconstrucción de la verdad histórica fundado en el fenómeno o en la utilización de la transferencia, nunca coincidió en ello con Freud y con su descendencia, nunca dio otro valor que el de espejismo a la presunta reaparición del pasado en el aquí y el ahora de la sesión, nunca adhirió al énfasis puesto en la interpretación de la transferencia entendida como explicitación al sujeto de la realidad y de las fantasías ligadas al aquí, ahora y conmigo (1994, pág. 200)

Esta cita ofrece en un vistazo general, los puntos decisivos que Lacan desarrolla para distinguir su posición frente a la transferencia. Partiendo de allí, este capítulo intenta pasar por aquellos momentos de inflexión que permiten construir y sostener la lógica del deseo de analista tal como lo propuso Lacan.

Siguiendo a Braunstein (1994), el primero de estos momentos se encuentra en “*Más allá del principio de realidad*” (2008 [1936]), en donde Lacan trata a la transferencia como una maniobra afectiva, a diferencia de la interpretación, que opera en un nivel intelectual. Allí, la transferencia está jugada en el doble registro de la idealización y la rivalidad agresiva. Luego, en “*Intervención sobre la transferencia*” (2008 [1951]), Lacan sostiene que la transferencia no tiene consistencia real en el sujeto y que expresa un momento de *estancamiento* de la dialéctica analítica según los *modos permanentes* que sirven al sujeto en la constitución de sus objetos. Según esta tesis, la interpretación se realiza haciendo valer un engaño en el punto muerto impuesto por la transferencia. Esta maniobra, siendo falaz, permite relanzar el proceso analítico.

En el grafo, Lacan establece dos niveles de superposición en la cadena de lo imaginario y lo simbólico. En el nivel inferior ubica el par imaginario $i(a)$ - *moi* y, el par simbólico A - s(A); en el nivel superior ubica, del lado imaginario, el *deseo* y el *fantasma* y por el lado simbólico, la *pulsión* y el *significante de la falta en el Otro*. De ese modo, Lacan insiste en la división entre los registros simbólico e imaginario de la transferencia.

En el Seminario VIII (2020 [1960-1961]), precisamente en el que se aborda la cuestión de la transferencia, Lacan afirma que la estructura de la transferencia es la del *amor* y que transferencia y repetición no son equivalentes. Esto significó una ruptura con la idea de que la transferencia es la repetición del pasado. Para Lacan, lo que está en el seno de la transferencia es otra cosa, es decir, la operación del deseo de analista. Ya en este desplazamiento, se puede ubicar una diferencia determinante, a saber, el pasaje desde *el deseo del analista*, hacia la operación del *deseo de analista*. El deseo del analista, en tanto ubica su fuente en la persona del analista, contribuye al alimento imaginario de la transferencia, ya que hace aparecer la verdad gracias a su autoridad como una ofrenda de amor. El deseo de analista, por otro lado, denota una función que se juega en un

[...] deseo mantenido en la incógnita, cuya razón de ser no es ni imaginario ni simbólico sino el objeto real, objeto causa de deseo, objeto plus de goce (esta designación es ulterior) $\alpha\lambda\mu\alpha$, célebre objeto a, objeto parcial en torno al cual gira la acción analítica (Braunstein, 1994, pág. 201).

Más adelante, en el Seminario sobre “*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*” (2010 [1964]), Lacan insiste en la diferencia entre transferencia y repetición y propone dos articulaciones importantes: la relación entre transferencia y sujeto supuesto saber y la definición de la transferencia como *la puesta en acto de la realidad del inconsciente*, fórmula analizada con mayor profundidad en el capítulo II de este trabajo de investigación.

Posteriormente, en la “*Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*” (2012 [1967]), Lacan define el algoritmo de la transferencia en base al algoritmo saussuriano del signo, con la barra infranqueable que Lacan le atribuye:

$$\frac{S \longrightarrow S^q}{s (S^1, S^2, \dots S^n)}$$

Figura #5: Algoritmo de la transferencia (Lacan, 2012 [1967], pág. 266)

Según este algoritmo, en la línea superior se encuentra el S, es decir aquel significante que representa al sujeto para otro significante. En la transferencia, el S requiere articularse con otro significante, S^q , el cual representa al analista. A lo largo de un análisis, lo que el sujeto trae ante el analista es el síntoma en sentido analítico, que accede a ese lugar sometándose a la ley del análisis. El significado del síntoma es el sujeto, que es producto de la articulación expresada en una cadena de significantes, $S^1, S^2, \dots S^n$. Allí, el analista es ese significante que permite que el saber inconsciente se produzca y, con ello, se produzca también un nuevo sujeto. En estos términos, la transferencia es la *posibilidad de deslizamiento* de un significante a otro según una estructura *intemporal* que se ordena en una diacronía discursiva. Según esta lógica, el tiempo no es la *causa* de la palabra, sino su *efecto*. Por esta razón, la operación del analista no busca incidir directamente en el tiempo cronológico, sino que interviene en una dimensión intemporal, es decir, estructural. Tiempo y estructura están articulados, lo cual subvierte “las ideas historicistas de génesis y desarrollo, de maduración y adaptación, de progreso y evolución” (Braunstein, 1994, pág. 203).

Si la historia y el tiempo son efecto de la palabra *pronunciada*, “cosa que depende del que escucha, del analista y su deseo” (Ibid., p.203), entonces, el análisis propicia que el discurso tenga incidencia en lo real. Este efecto del análisis implica una irrupción desde lo real que *hace historia*, que instaure un nuevo comienzo.

Por esta razón la cura que propone Lacan no pretende recuperar el pasado olvidado, busca *hacer* historia. Ello sólo es posible si, en transferencia, opera el deseo de analista, que provoca la producción de un saber inconsciente como acontecimiento inédito, un acontecimiento en el orden de la *aleteia* y no de la *adequatio*⁶.

Articulación según los cuatro discursos

En 1969, en el Seminario “El reverso del psicoanálisis” (1992 [1969-1970]), Lacan plantea la estructura cuaternaria del discurso. El discurso en sentido psicoanalítico es definido como *lazo social*, aquello que liga los cuerpos y comprende cuatro lugares: *agente*, *otro*, *verdad* y *producción*. El agente es aquel que se dirige al otro para ponerlo a trabajar, de lo cual espera una producción. El agente, sin saberlo, es efecto de una verdad que lo mueve. El otro, recibe una demanda del agente, la cual siempre quedará, en cierta medida, insatisfecha, lo cual generará un movimiento, siempre, hacia algo más. La verdad del proceso discursivo es la pulsión, “oscuro *Deus ex machina* del encadenamiento significativo” (1994, pág. 204). Braunstein transcribe las fórmulas lacanianas del discurso en el siguiente esquema:

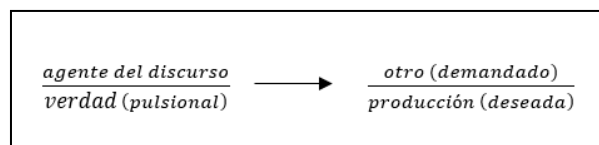


Figura #6: fórmula del discurso con agregados según Braunstein (1994, pág. 204).

Braunstein indica que para que el discurso se produzca, es necesario que el otro reciba la palabra del agente y que esa palabra tenga un *valor*, “algo que no pueda reconocerse sino como transferencia” (1994, pág. 204). La demanda del agente da paso a una producción y, por lo tanto, a una manifestación de la verdad pulsional en términos de palabra. Aquí, la relación que liga al otro con el agente del discurso es la transferencia en su nivel imaginario,

⁶ La diferencia entre estos términos dirige a evocar dos tradiciones de interpretación de la verdad. *Adequatio* se refiere la verdad como producto de la adecuación entre la cosa y el concepto, producida por el intelecto. La verdad en tanto *aleteia* está en el orden de un develamiento, de una *poiesis*.

que articula dos puntos de la estructura discursiva que son potencialmente reversibles. El objeto producido por el otro tiene el carácter de un “don”, el cual es expresión de una fórmula que puede traducirse como: “mira lo que tu palabra y mi transferencia me han llevado a hacer por y para ti” (Braunstein, 1994, pág. 204). Así, lo que el otro produce para el agente se dirige a satisfacer su deseo. No obstante, el deseo se satisfará solo parcialmente, quedando un remanente de insatisfacción. Esa relación con el deseo es un efecto simbólico, que objetiva la relación discursiva y que permite que la situación para ambos quede saldada de momento. Ahora bien, la relación al deseo no puede cerrarse ya que “el otro produce para el agente pero su deseo es el deseo del otro. Y el deseo es su interpretación” (Braunstein, 1994, pág. 204).

Por otro lado, la verdad del agente es la estructura pulsional, es decir:

el conjunto de aspiraciones al goce que encuentran en el pasaje por las horcas caudinas y por el lecho de Procusto del lenguaje, las condiciones de su imposibilidad: es la dimensión *real*, del goce *versagt, desdicho, frustrado* propia de la situación del *parlêtre*, del *hablente* (Braunstein, 1994, pág. 205).

Una aclaración surge al examinar la estructura de los discursos: la transferencia no es exclusividad de la experiencia analítica, está presente en todos los discursos. Sí es exclusivo del psicoanálisis el dispositivo analítico, donde el objeto pequeño *a* ocupa el lugar del agente. En el discurso del analista, el objeto *a* demanda al sujeto que produzca los significantes de su padecer. La producción de aquellos significantes representa al deseo del analista y, por lo tanto, la verdad pulsional representada en términos de palabra será un *saber textual*.

Según explica Lacan, en la medida en que los agentes de los discursos (*amo, universidad, histérica, analista*) entren en contacto con la verdad que los mueve, es posible *incorporar* de cierto modo la dimensión de lo real a las dimensiones simbólica e imaginaria en que habitan. Esto quiere decir que cada posición discursiva conlleva una relación

particular con los registros simbólico, real e imaginario, de modo que la relación entre los discursos no puede ser explicada por una sumatoria de todas las posiciones.

Deseo de analista y deseo de ser analista

Es apropiado hacer una reflexión final sobre el deseo de analista. Puesto de cierto modo, este opera como deseo del deseo del analizante. Lo que lo distingue en esencia es que no busca ser *objeto* del deseo del analizante, sino que el deseo del analizante se dirija a otro punto, es decir, que se produzca un encuentro con lo real. Para que este efecto se produzca, el analista ocupa el lugar del semblante de objeto *a*, como ya se había visto. Ahora bien, ¿qué quiere decir ocupar el lugar del semblante de objeto *a*? L. Bataille nos ofrece una respuesta, “ese objeto *a* debe ser la nada. Es decir que la teoría me propone como mira, como conducta a observar, como receta: “nada”. No ser semblante de nada” (Bataille, 1988, pág. 12).

La referencia al semblante es esencial para distinguir cuándo está operando el deseo de analista y cuándo entra en escena el imaginario *deseo de ser analista*. El deseo de analista hace operar el anudamiento de los registros, el deseo de ser analista promueve el detenimiento en el eje imaginario. Este discernimiento tiene mucho valor para la práctica ya que es de la manera más sutil como el deseo de ser analista puede reemplazar al deseo de analista. Conviene tener presente la simplicidad de este criterio, invaluable para la clínica:

Cada vez que atribuyo al paciente una intención, un pensamiento que él no expresa con palabras, me encuentro fuera de la posición del analista. Cada vez que me siento involucrada por el paciente me encuentro fuera de la posición del analista. Cada vez que quiero representar algo para el paciente, aunque sólo sea representar al analista, me encuentro fuera de la posición del analista. Cada vez, esto debe advertirme que no es mi deseo de analista lo que está en juego (1988, pág. 14).

Discusión

Al finalizar este recorrido, se propone realizar una síntesis de los hallazgos logrados, en relación a las preguntas que la animan. Para iniciar, se colige que Freud constituye el concepto de pulsión a partir de una lógica distinta a la de la ciencia positivista y, por ende, de las prácticas que se fundamentan en aquella. Para llegar a esta afirmación, se parte de la idea de que Freud propuso. Luego, se considera que Freud afina esta concepción al proponer que lo esencial de la pulsión está más allá del principio del placer. Este afinamiento permite trascender la lógica económica que funcionaba en un primer momento de su obra para luego dar cuenta de una dimensión pulsional ligada a la muerte. Allí, se produce una rearticulación de la lógica del psicoanálisis que pone en continuidad los opuestos vida/muerte, y permite aprehender aquellos fenómenos que no se incluyen en la mortal eficiencia del principio del placer. Esta aprehensión fue posible por la operación del deseo de Freud, deseo prototípico del deseo de analista, en tanto produjo el encuentro con ese real que la ciencia rechaza.

El siguiente hallazgo de este trabajo tiene que ver con la obra de Lacan, en la medida en que su trabajo continúa la vía abierta por Freud. Por la vía lacaniana, i.e. por el retorno a la *función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*, se ubica que la articulación entre pulsión y deseo de analista pone en juego los campos del desarrollo del inconsciente y la realidad sexual. En esa aparente intersección de campos, Lacan ubica un vacío según la topología del ocho interior. Y, precisamente, en ese lugar señala que opera el deseo de analista. Esto quiere decir que el deseo de analista no opera en el marco de la *estéril-izada* objetividad, sino que entra en relación fecunda con la presencia efectiva del deseo.

Al continuar con Lacan, se advierte que la pulsión toma un impulso que subraya la diferencia con una hipótesis biologicista. Para Lacan, la pulsión posee una estructura particular, que está en el orden de un montaje artificioso, que tiene un recorrido alrededor del objeto a y pone en juego aquellas partes del cuerpo que tienen una estructura de borde. La

estructura de borde, además, implica una comunidad topológica de la pulsión con el sujeto del inconsciente. El borde y la hiancia hablan de la función del Nombre-del-Padre, la cual instaaura la Ley y provoca una pérdida insalvable. La pulsión, tiene por función, mitificar ese objeto perdido. Por estas razones, Lacan afirma que la cura del psicoanálisis no se inscribe en las prácticas que promueven la salud, la bienaventuranza o la normalidad. La función del analista, desde Freud, dirige hacia lo real en dependencia del deseo de analista.

Para articular estas relaciones, se toma el trabajo de Braunstein que estudia el desarrollo del concepto de transferencia en Lacan, en el que se puede leer un desplazamiento desde un entendimiento imaginario de la una teoría y práctica del psicoanálisis hacia una concepción que plantea el anudamiento de tres registros: real, simbólico e imaginario. Desde ese punto de vista, Lacan critica toda pretensión de hacer del psicoanálisis una práctica de adaptación a la realidad y de identificación con la persona del analista. Al contrario, restablece la dirección de la cura hacia lo real por la operación del deseo de analista. Sin embargo, existe la tentación de obturar la función del deseo de analista, pretendiendo ser un analista. La clave para discernir si se está haciendo operar el deseo de analista podría reducirse a la consigna de no representar nada en específico. Como efecto de esta operación, se produce un nuevo sujeto, y con ello una relación renovada a la cronología, la ontología, la biología, la historia, etc. Por esta razón, en una cura analítica, la historia del sujeto habrá de asumirse abandonando el simulacro que ofrece el fantasma y se impulsará las transformaciones que el deseo produce, impulsado por la pulsión, en ese rodeo de lo real.

Conclusiones

A modo de conclusión, es oportuno regresar a las preguntas que se propusieron al inicio de esta investigación. En primer lugar, ¿a qué se refiere la pulsión? En el contexto de esta investigación se ubicó que la pulsión se refiere a una fuerza constante en el aparato psíquico, que, si bien se relaciona con la necesidad, tiene un funcionamiento independiente de

aquella. Esto indica la independencia entre psicoanálisis y biología. Ahora bien, Freud construye a la pulsión de tal modo que se establece como una fuerza indomeñable que busca la repetición de una experiencia mítica de satisfacción, cuya condición de imposibilidad impulsa el movimiento psíquico hacia un lugar distinto al alcanzado previamente. Esta imposibilidad se relaciona con la definición de la pulsión como resto que se desplaza por la articulación de representaciones del aparato psíquico. Lacan, por su lado retorna a Freud para definir que la pulsión es una estructura, que indica un recorrido. Este recorrido parte de las porciones del cuerpo que tienen una estructura de borde, y describe un trayecto alrededor del objeto a para luego retornar a la fuente, y luego, proyectarse de nuevo desde otro punto.

A partir de estas consideraciones, se puede decir que la función de la pulsión es mitificar el objeto a, representarlo en su recorrido, hallar una satisfacción parcial en su trayecto equívoco y renovar la existencia del sujeto en relación al objeto que causa su deseo. Por lo tanto, la pulsión, en tanto función que mitifica el objeto a, depende de la Ley instaurada por el Nombre-del-Padre. Es decir, es el vacío el que moviliza la pulsión, la ausencia del objeto pone en marcha el juego pulsional. Por esta razón, la estructura de la pulsión y su comunidad con las zonas erógenas del cuerpo evocan la función de la hiancia.

La segunda pregunta que anima esta investigación se refiere al deseo de analista, a saber, ¿de qué se trata el deseo de analista? La respuesta que se construye en este trabajo pone de manifiesto que el deseo de analista dirige hacia lo real, y tiene como antecedente necesario el deseo de Freud que abrió el campo psicoanalítico. Que se dirija hacia lo real quiere decir que el analista no sabe de antemano cuál es la relación que se producirá entre el analizante y lo real ni sus efectos. También quiere decir que el analista se desprende de todo intento por significar o rectificar las relaciones del paciente consigo mismo, su historia, o la realidad, según un supuesto privilegio del ser del analista. La operación del deseo de analista depende de no ceder en poner la primacía del trabajo en la palabra y sus efectos. Ahora bien,

el deseo de analista no opera según el modelo de la ciencia, en la que sujeto y objeto están separados necesariamente, sino que el deseo de analista se inmiscuye por vía de la transferencia, siempre sexual, para poner en marcha el encadenamiento de los significantes que marcan al sujeto. Por esta razón, el deseo de analista opera en el nivel de la libido, aquel punto de empalme entre la articulación significativa y la realidad sexual que se manifiesta en el proceso primario, en el sueño y que está opacado por el principio de realidad. Asimismo, el deseo de analista considera que lo que se produce en un análisis depende de cómo el analista haga funcionar su relación a la falta, porque será de ese modo particular como convoque la articulación de significantes que produzca el analizante.

Lo que distingue la operación del deseo de analista con otros modos discursivos es que aquel toma la transferencia de tal modo en que posibilita el desplazamiento de la estructura intemporal por medio de un discurso organizado diacrónicamente. Sin embargo, para que ello sea posible, el analista debe posicionarse en el lugar semblante de *a*, sin responder a la demanda de amor implícita en la transferencia y demandando él sí, la producción de los significantes que determinan el padecimiento del analizante. Así, se provoca un modo particular de incidencia de lo real en la estructura, una irrupción inédita que hace historia. Por lo tanto, el discurso del analista y la función principal que opera allí, el deseo de analista, tienen como efecto la producción, una y otra vez, de lo real. Todo lo que venga a obturar la producción en términos de palabra en el dispositivo analítico, se encuentra contrapuesto al deseo de analista, especialmente, el deseo de ser analista. Esto puede representarse a través de poses, imitaciones, interpretaciones, etc.

Para finalizar, cabe traer la última pregunta que se planteaba responder al inicio de este trabajo, ¿cuál es la relación entre pulsión y deseo de analista? Se responde a esta pregunta tomando como punto nodal la cuestión del vacío. En la medida en que la pulsión se organiza alrededor de un objeto que no está dado en la realidad física, sino que es producto de

la introducción del cachorrito humano al orden del lenguaje, una práctica que sea coherente con ese supuesto debe abandonar toda pretensión de erigirse desde la positividad. Freud y Lacan construyen una teoría y práctica sobre el fundamento de negatividad en la existencia del hablante. El deseo de analista es el corolario del fundamento de negatividad en la práctica. En síntesis, la relación que liga a la pulsión con el deseo de analista es la necesidad teórica de construir una función en la práctica que de cuenta y opere en relación a ese objeto que falta y que la pulsión rodea. A partir de esa relación central, se puede decir también que el deseo de analista da paso para que la pulsión haga su recorrido, reduciendo el valor del fantasma, e impulsando la renovación subjetiva por la incorporación de lo real como causa de deseo. Desde este punto de vista, el deseo de analista da lugar a que la pulsión trascienda los límites de lo imaginario y del principio del placer -y su afinidad con la muerte- y se dirija hacia lo real, produciendo una construcción singular, poética en la existencia del sujeto. Por esta razón, el modo en el que el deseo de analista da lugar a la pulsión implica un movimiento radicalmente subversivo, ya que trastoca aquello predeterminado, ontológico, el status quo. El efecto díscolo que engendra el deseo de analista será la transformación de las relaciones simbólicas e imaginarias del hablante, producto de la incidencia de lo real.

Por lo tanto, esta investigación es relevante para la práctica clínica en el contexto ecuatoriano, porque propone tener ciertas nociones de cómo sostener una práctica analítica que dé lugar al sujeto, a la falta, a la falla. En este ejercicio, también es posible un modesto aporte para sostener un reducto de subversiva creación, algo que abra un espacio de respiro ante el mortífero aplanamiento de la producción en serie, de la reducción al número, riesgos a los que cada uno está expuesto en la actualidad.

Recomendaciones

Las recomendaciones tienen que ver con continuar el empeño de trabajar en las relaciones teóricas en el campo psicoanalítico. Una primera línea que puede tomarse es profundizar en los problemas que atañen el anudamiento de los tres registros de Lacan, real, simbólico e imaginario. Se podría plantear la siguiente pregunta, ¿por qué Lacan plantea el recurso a los tres registros?, ¿por qué en términos de anudamiento? Otra cuestión que queda abierta a trabajarse a partir de esta investigación tiene que ver con la formación del analista, por lo que podría proponerse una interrogación como, ¿cómo es posible que alguien devenga analista? Por último, otra vía que se abre a ser investigada es la relación entre el discurso del analista y los otros discursos. Otro modo de plantearlo sería, ¿qué relación guarda el discurso del analista con la cultura?

Bibliografía

- Bataille, L. (1988). *El ombligo del sueño. De una práctica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Braunstein, N. (1994). El tiempo y la transferencia. En N. Braunstein, *Freudiano y Lacaniano* (págs. 191-216). Buenos Aires: Manantial.
- De Luca, M. V. (24 de Enero de 2022). *El deseo en cuestión: el deseo del analista*. Obtenido de <https://www.aacademica.org/000-054/690>
- Freud, S. (1940 [1938]). Esquema del psicoanálisis. En S. Freud, *Obras completas. Volumen XXIII* (págs. 133-210). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1978 [1905]). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En S. Freud, *Obras completas de Sigmund Freud: Volumen 7* (págs. 1-108). Buenos Aires : Amorrortu.

- Freud, S. (1984 [1915]). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras completas de Sigmund Freud: Volumen 14* (págs. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1984 [1920]). Más allá del principio de placer. En S. Freud, *Obras Completas de Sigmund Freud: Volumen XVIII* (págs. 1-64). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986 [1895]). Proyecto de psicología para neurólogos. En S. Freud, *Obras completas Vol I.* (págs. 323-465). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986 [1914]). Introducción del narcicismo. En S. Freud, *Obras completas de Sigmund Freud: Volumen 14* (págs. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1986 [1915]). Lo inconciente. En S. Freud, *Obras completas de Sigmund Freud: Volumen 14* (págs. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1986 [1915]). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III). En S. Freud, *Obras completas de Sigmund Freud: Volumen 12* (págs. 159-176). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gerber, D. (1986). Dis-curso del psicoanálisis: un punto de vista antieconómico. En M. Bicecci, R. S. Toscano, N. A. Braunstein, D. Gerber, M. T. Orvañanos, J. D. Nasio, . . . J. Scott Lee, *El discurso del psicoanálisis* (págs. 103-138). México D.F.: Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J. (1981 [1953-1954]). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1992 [1969-1970]). *Seminario 17: el reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008 [1936]). Más allá del "Principio de realidad". En J. Lacan, *Escritos I* (págs. 81-98). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Lacan, J. (2008 [1951]). Intervención sobre la transferencia. En J. Lacan, *Escritos I* (págs. 209-222). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008 [1953]). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos I* (págs. 231-310). Buenos Aires: siglo xxi editores.
- Lacan, J. (2008 [1954]). El seminario sobre "La carta robada". En J. Lacan, *Escritos I* (págs. 23-72). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008 [1955]). Variantes de la curta-tipo. En J. Lacan, *Escritos I* (págs. 311-346). Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. (2008 [1958]). La dirección de la cura y los principios de su poder. En J. Lacan, *Escritos 2* (págs. 559-615). Buenos Aires: siglo veintiuno.
- Lacan, J. (2008 [1964]). Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista. En J. Lacan, *Escritos 2* (págs. 809-812). Buenos Aires: siglo veintiuno.
- Lacan, J. (2010 [1964]). *El Seminario de Jacques Lacan: libro 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012 [1967]). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En J. Lacan, *Otros escritos* (págs. 261-278). Buenos Aires : Paidós.
- Lacan, J. (2014 [1958-1959]). *Seminario 6: el deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2020 [1960-1961]). *El seminario de Jacques Lacan: Libro 8: La transferencia*.
- Lopez, M. (2020). El deseo del analista: destino de pulsión. *XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de*

Investigación de Terapia Ocupacional. Buenos Aires: Facultad de Psicología -
Universidad de Buenos Aires. Obtenido de [https://www.aacademica.org/000-
007/498.pdf](https://www.aacademica.org/000-007/498.pdf)